

COMENTARIO AL TRABAJO: "FUNCION SOCIAL  
DE LA MEDICINA PRECORTESIANA"\*

DR GERMÁN SOMOLINOS D'ARDOIS\*\*

**N**ACER EN VERACRUZ es como estar a la mitad del camino. Allí se hace siempre etapa. Los que vienen de Europa y los que se van. Y el veracruzano pasa su vida en un eterno cinematógrafo de caras nuevas, de rostros que se esfuman para no volver. Necesita, por eso, una mente ágil y sutil que capte en segundos lo que el hombre del altiplano puede examinar en meses.

Esta visión rápida, de hechos parciales, de imágenes fugaces, le sirve al hombre de la costa para aglutinar conocimientos y observaciones que no podrían reunirse en el reposo y calmado observar de las tierras altas.

El hombre de la costa está, también, acostumbrado a recibir, antes que nadie, los más inesperados visitantes. Su contacto es mucho más próximo con el mundo que nos rodea que el de tierra adentro. Y es el primero que siente la novedad y el dolor.

Fueron los costeños de Moctezuma aquellos que primero oyeron hablar castellano en México, y los veracruzanos, a lo largo de su historia, tienen muchos dolorosos episodios de ataques e invasiones.

Esta situación, periférica, y la necesidad de captar rápido lo que ante ellos desfilan, les hace más sensibles a los estímulos, más penetrantes ante los hechos, y, también, los obliga a fijarse en sí mismos, en lo que es suyo, en aquello que el visitante pasajero sólo observa desde la ventanilla en rauda sucesión.

Hoy, en la Academia, tenemos el placer de recibir un nuevo miembro que nos viene de la costa, de la tierra de Veracruz, y cuya larga hilera de trabajos contiene siempre las características señaladas. Lo que le acabamos de oír es el último apunte de una serie de originalísimas observaciones que, desde hace años, están modificando la historia médica del país; enseñando cómo deben orientarse los estudios y marcando un camino, —hasta ahora el más seguro—, para

\* Presentado en la sesión ordinaria del 17 de noviembre de 1965.

\*\* Académico numerario.

comprender aquel conglomerado de oscuros conocimientos que, sobre medicina efectiva y magia terapéutica, llenan, tradicionalmente el capítulo histórico de la medicina prehispánica.

Si el Dr. Aguirre Beltrán llegara a la Academia solo por esto, sería más que cumplida su presencia aquí. Pero en realidad la historia médica es un solo aspecto de la extraordinaria labor que, cabalgando en ciencias afines: historia, antropología, etnología, medicina social, etc., viene desarrollando el Dr. Aguirre Beltrán desde hace más de veinte años. En todas ellas su aportación fue original y trascendente. No podríamos ni siquiera enumerar los temas, pero existe en su haber una contribución tan importante al estudio de la población histórica mexicana que no puedo omitirla.

Decíamos que el veracruzano se fija sutilmente en el medio que le rodea; y de su tierra, y de los que la habitan, extrajo el Dr. Aguirre Beltrán una extraordinaria aportación. No es eufemismo ni exageración. Los trabajos de Aguirre Beltrán han descubierto un nuevo componente racial en México, y sobre todo, han sabido buscar las raíces étnicas de este componente y deslindarlo dentro del conglomerado que forma el país.

Todos sabemos cómo desde el siglo XVI se introdujeron esclavos negros en el territorio americano. Todos conocemos las razones, legales y teológicas, que permitieron encubrir este tráfico vergonzoso, y a todos nos consta cómo este enorme volumen de masa humana se fue infiltrando en las dos raíces tradicionalmente formadoras del tronco poblador de México.

Pues bien, el Dr. Aguirre Beltrán nos presenta en uno de sus primeros trabajos, —que yo llamaría el más importante, si no hubiese otros posteriores de la misma envergadura—, cómo se produjo esta unión, cómo han quedado sus componentes, físicos y psíquicos, infiltrados en la masa del pueblo mexicano y descubrió, según sus propias palabras: “el papel insospechado e importantísimo que el negro desempeñó durante nuestra época de coloniaje, en los momentos precisos en que biológica y culturalmente se venía integrando una nueva nacionalidad”.

La trascendencia de esta obra es evidente. Sus posibles consecuencias, insospechables. Apenas hace unos meses uno de los más notables historiadores médicos del mundo, el doctor suizo Reinhard Hoepli, vino a México para estudiar la patología de los negros en la América española y consultar sobre el tema al Dr. Aguirre Beltrán.

En los últimos años el Dr. Aguirre Beltrán orientó sus investigaciones hacia la etnohistoria, que, aplicada a la medicina, puede producir frutos tan brillantes como el trabajo que acabamos de escuchar y el notable libro *Medicina y Magia*, clásico desde el primer día y fuente ineludible de todo el que quiera conocer la historia médica de México en sus primitivas raíces.

Los estudios sobre lo que hoy se denominan *regiones de refugio*, están llevándonos a un nuevo y maravilloso campo, donde la historia pierde el aspecto de "arqueología momificada" para hacerse algo vívido y auténtico.

Ya hemos expuesto muchas veces la diferencia entre historia y relato, que no son lo mismo aunque con frecuencia se confundan y muchos agradables relatores pasen por ser historiadores consumados: El relato cuenta los hechos, los adereza de frases agudas o de situaciones emotivas, los cronifica y, aunque en ocasiones los arroje con documentos fidedignos, eso no impide que siga siendo relato. El historiador auténtico mira más hondo. Usa tal vez el relato como urdimbre donde tramar el significado de los hechos y la interpretación que se desprende de ellos, pero nunca limita su labor a detalles. Cuanto más impersonal sea una historia es más probable que llegue al fondo de la verdad. Y la historia, —ya lo hemos dicho otras veces—, no está en las grandes figuras. No es la biografía de un rey ni la hazaña de un héroe, sino las condiciones que motivaron esa hazaña o el conjunto de manifestaciones culturales, políticas, religiosas, económicas y artísticas que envolvieron la vida del rey.

Hasta los historiadores parciales, —y los médicos hacemos siempre historia parcial, reducida a nuestro campo—, necesitamos, si queremos hacer verdadera historia, prescindir de la anécdota, del relato y, en cambio, analizar hechos, situaciones, conductas. En este campo es donde encontraremos siempre al Dr. Aguirre Beltrán. En sus libros y en sus escritos hace una historia a la cual los médicos no estamos acostumbrados. Busca en la medicina, y en sus prácticas ancestrales, —campo que domina a la perfección—, no la planta curativa ni la maniobra agorera. No le interesa el mecanismo de una aplicación mágica ni el efecto de un empírico tratamiento. Ahonda más en las raíces de los hechos superficiales, y así descubre componentes y situaciones tan notables y trascendentes como las que hoy nos ha presentado.

Es por todo lo anterior que la Academia se siente orgullosa de contar desde hoy entre sus miembros al Dr. Aguirre Beltrán y al honrarme con su representación para recibirlo, me encarga le exprese nuestros deseos y esperanzas de una larga y fructífera labor en el seno de esta Corporación, a la que llega por sus propios merecimientos y en la cual es recibido con la más alta simpatía.

Sea usted bienvenido.